

ra: pero fué tambien grande la reverencia de este Emperador con los demas Sacerdotes.

San Ambrosio cerró las puertas de la Iglesia y excomulgo al Emperador Teodosio, como á rebelde; pero el Emperador viéndose tan poderoso no se desvaneció ni indignó, ni reparó en el señorío y potencia universal que tenia en su mano, ni puso los ojos en los puntillos del mundo, ni en que quedaba despreciada su autoridad, ni en si obraba injustamente contra él; solo atendió que aquel era Ministro del Altísimo, y que representaba á Dios, que con un dedo sustenta la máquina de los Cielos y obra grandes maravillas; y con esta consideracion, mas alta que su corona, olvidando su grandeza, se postró y rindió á los pies de San Ambrosio. Esta accion suya fué, no motivada del temor, sino movida del respeto que tenia al Estado Eclesiástico: lo que se dá bien á conocer por que otro dia en la festividad de la Pasqua entró en el Coro de Milán á oír los Divinos Oficios, y luego que le avisaron que aquel lugar no era de Principes, sino de los Ministros del Señor, al punto se salió fuera: y despues estando en la Iglesia de Constantinopla, le suplicaron entrase en el Coro con los Eclesiásticos que allí asistian; mas nunca lo quiso aceptar, teniéndose por indigno del lugar propio de Sacerdotes, á quienes los Angeles reconocen ventaja en la tierra; y asi respondió, *que no se atrevia, por que el Coro era lugar para gente dedicada á Dios, y no para mundanos ni profanos.*

El Emperador Carlos quinto, estándole en Ratisbona para oír un Sermon sentado en su silla, como un Predicador se pusiese á su espalda para oír el sermon en pie, luego que el Emperador se arrodilló á la salutacion, y vió al Predicador, se levantó y cogiéndole del brazo, le hizo sentar en su silla Imperial diciéndole, que se sentase allí, *pues era Sacerdote de Jesucristo.* Y como el Sacerdote reusase recibir aquel ho-

